

Pastoralia

Pastoral y Evangelización

Guillermo Cook

Guillermo Cook
Pastoral y Evangelización
Artículo publicado en julio de 1982
Revista Pastoralia nº 08 – Año 4 – Páginas 5 a 15



PASTORAL Y EVANGELIZACIÓN

Guillermo Cook

I. Hechos 1.1-8. La ubicación histórica de la Gran Comisión:

El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre, “que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días”.

Los que estaban reunidos le preguntaron: “Señor, ¿es ahora cuando vas a reestablecer el Reino de Israel?” El les contestó: “A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”. (Biblia de Jerusalén: BJ)

Lo primero que resalta a la vista en este pasaje es la ubicación histórica, típicamente lucana, de los acontecimientos que el autor relata.

En su evangelio, Lucas ubicó ya su relato dentro del vasto contexto de la historia salvífica. Ahora procede a relacionar la segunda parte de la historia en el contexto de la narración de los hechos de la vida de Jesucristo que inició en el tercer Evangelio. Otro dato que contribuye a ubicar el relato en un contexto determinado es que ambos documentos han sido dirigidos a un personaje concreto, el “ilustre Teófilo” (Lc. 1.3), tal vez un cristiano nuevo en la fe, quien se supone ocupaba algún cargo de importancia en la administración romana.

Típicamente lucano es también el importante papel que juega el Espíritu Santo desde el mismo comienzo de esta narración. Cristo da sus últimas instrucciones a sus apóstoles “por medio del Espíritu Santo”. Un poco más adelante les ordena permanecer en Jerusalén hasta recibir la promesa del Espíritu “dentro de pocos días”. Y finalmente les promete la fuerza y autoridad del Espíritu Santo para ser testigos auténticos de su vida y enseñanza. Lejos de ser un toque “espiritualista” y ahistórico, estas referencias a la acción del Espíritu tienen un carácter muy contextual. “Mientras estaba comiendo con ellos”, ocupado en una tarea cotidiana por demás humana, Jesús les promete su Espíritu “dentro de pocos días”. Lucas es el que nos relata esas íntimas veladas durante las cuales Jesús se revela cada vez más a sus discípulos (cf. Lc. 22.7-38; 27.28-31).

1. *Fundamento de la comisión: Vida y enseñanza de Jesús*

Su propósito al escribir esta historia, dice Lucas, es continuar con la constatación de la vida y enseñanzas de Jesús – por medio del Espíritu y de la iglesia – después de su ascensión. “Todo lo que Jesús *hizo* y enseñó...”. Esta frase nos da la clave del método histórico de Lucas.

Hacer. El vocablo griego *poiein* se usa en los Evangelios con referencia preponderante a los hechos del Jesús humano antes de su muerte y resurrección. Con frecuencia, este verbo dirige nuestra atención hacia sus milagros, pero el objeto de este quehacer de Jesús no es, en primera instancia los prodigios (*dynameis*) y milagros (*thaumasia*) que él hace, sino aquellos que se benefician de sus acciones. Estos vocablos sólo aparecen una vez respectivamente como los objetos de *poiein* en los Sinópticos, aunque las “señales” (*σημεια*) son objeto frecuente del “hacer” de Cristo en Juan. Hay una razón, según Joaquín Jeremías.¹ El uso cada vez más frecuente de *poiein* en la literatura joanina, el final de un proceso que comienza con el libro de Hechos y continúa en las epístolas paulinas, con referencia particular a los hechos de Jesús, parece indicar una creciente preocupación de parte de la iglesia por evitar interpretaciones racionalistas equivocadas de las enseñanzas de Jesús. El *hacer* de Jesucristo sirve de contrapeso a su *enseñanza*. Esto se ve bien claro en su mensaje inaugural (Lc. 4.16-22). El anuncio del Reino tiene implicaciones para la acción de Cristo en todas las dimensiones de la vida de la persona y de la sociedad.

Enseñar (Didaskein) se usaba en el griego clásico con un significado bastante amplio. Significaba impartir conocimientos; pero no se limitaba a la comunicación de datos. Incluía tanto la información del maestro como las intuiciones del alumno. “Enseñar” en el griego antiguo significaba impartir conocimientos teóricos y prácticos en forma sistemática, progresiva y continua. En la LXX el vocablo “enseñar” se toma del uso secular. Implica impartir conocimientos con el fin de desarrollar las potencialidades y los talentos de las personas, e incluye, además, las declaraciones divinas y las demandas que Dios hace a la totalidad de la persona humana a raíz de estas declaraciones. Son enseñanzas que deben ser apropiadas y obedecidas.

Hacia el final del Antiguo Testamento, y en los escritos rabínicos, se puede observar una tendencia a la absolutización de la enseñanza divina, expresada en postulados bien formulados. La enseñanza de los rabinos se entiende como si fuera idéntica con la totalidad de la revelación divina (la Ley). Ya no hay más que aprender. El único fin de la enseñanza rabínica es ayudar a la persona a ponerse en línea con las leyes divinas, estrechamente formuladas e interpretadas.

Partiendo de esta perspectiva absolutista de la *didaskain*, Jesús le da un nuevo significado. Por un lado, no está dispuesto a ceder ni una tilde de la Ley (cf. Mat. 5.17ss), y por el otro pone bien en claro que la ley no es el camino hacia Dios. El único camino es a través de su propia persona. Por esta razón, sus oyentes se asombraron ante su enseñanza (cf. Mat. 7.28; 13.53ss). Al enfocar el sentido de la *didaskain* en sí mismo en lugar de la Ley, Jesús le da a su enseñanza un carácter absoluto sobre bases diferentes, pues él es el fin o cumplimiento de la Ley.

Pero, Cristo va más allá del carácter puramente conceptual (o intelectual) de la enseñanza que preponderaba en la cultura griega secular. Además de maestro (*didaskalos*), Cristo es, también, el contenido de su enseñanza (“Yo soy... la verdad”, Jn. 14.6). Mientras que ni la enseñanza rabínica ni la griega exigían un compromiso del alumno, la *didaskain* de Jesús hace demandas sobre la persona humana. Por otro lado, como lo demuestra Jn. 14.24, la enseñanza de Cristo (que es a la vez Cristo mismo), aunque en un sentido es absoluta, es, en otro sentido, abierta, progresiva y contextualizada. Gracias a la acción del Espíritu Santo, quien camina con Cristo está en un constante proceso de aprendizaje que no puede desligarse de la realidad en que cada uno vive.²

2. *La continuidad histórica del ministerio de Jesús*

Como bien ha observado Barclay, “el libro de los Hechos es el segundo capítulo de una historia que continúa... es el segundo volumen de una historia que no tiene fin... El evangelio [de Lucas] era solo la historia de lo que Jesús *comenzó* a hacer y enseñar... En cierto sentido, todo lo que enseña el libro de los Hechos es que esa vida de Jesús continúa *en su Iglesia*”.³

Los versículos 2-5 (un traslapo, sí se quiere) sirven de transición entre el tercer Evangelio y el libro de los Hechos. Son una constatación adicional de la historicidad del Cristo resucitado y de la continuidad de su misión terrenal por medio de los apóstoles y de la iglesia. A los apóstoles que había elegido... se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios”.

3. *El testigo: concreción histórica del mensaje del Reino*

“El Reino de Dios”: otro vínculo con el ministerio de Aquel que vino anunciando “la Buena Nueva del Reino de Dios” (Lc. 4.43). Esta expresión, que en el Evangelio de Lucas se usa más que en los otros tres (Mateo prefiere el cognado “Reino de los Cielos”), se repite siete veces en los Hechos, siempre con referencia al contenido del *kerygma* apostólico. En Hech. 1.6, “Reino” tiene una referencia explícita a Israel aunque en el contexto del reinado divino. Los discípulos, al parecer más interesados en hechos concretos que en enseñanzas abstractas, le preguntan sobre la instalación inmediata del Reino. La respuesta del Señor es pastoral en su estilo, y vuelve la atención de los apóstoles al contenido misionero del Reino.

Lucas usa aquí dos palabras que se traducen por “poder”. *Exousia* se refiere a un poder propio con capacidad de decisión, o sea (v. 7), la autoridad del Padre quien tiene el poder de decidir cuándo será establecido el reino de Dios en esta tierra. El Reino es un don divino y no una realidad que se podrá lograr puramente por medio de esfuerzos humanos. *Dynamis* (v.8) se refiere a un poder objetivo (físico o espiritual) que proviene de una fuente externa a nosotros – el Espíritu Santo en este caso – y que opera dentro y a través de la iglesia para salvación.⁴ La autoridad del Padre y la fuerza del Espíritu se unen en la comisión que el Hijo deja a sus apóstoles y a la iglesia.

“Seréis mis testigos” es a la vez una promesa y una orden del Rey. No deja lugar para discusión. Cristo delimita el área de acción de la iglesia en el cumplimiento de esta comisión en términos geográficos bien concretos, que al mismo tiempo son símbolos de una acción ilimitada. “Jerusalén... Judea... Samaria... y hasta los confines de la tierra”.

La evangelización es una acción pastoral que se inicia en el lugar donde la iglesia se encuentra, pero que se extiende, en círculos concéntricos, a lugares cada vez más lejanos. Jerusalén: gentes de nuestra propia cultura, raza, lengua y religión. Samaria: nuestros vecinos inmediatos de quienes estamos separados por barreras culturales, religiosas, raciales y, más que todo, ideológicas. “Hasta lo último. . .”: todos aquellos que se encuentran más allá de nuestro alcance inmediato por razones geográficas en primer término, pero también por distanciamientos de toda índole. Se refiere a aquellos que aún no han tenido la oportunidad de recibir el mensaje de redención y de liberación en Cristo Jesús.

A todos ellos, sin pasar por alto a ninguno de estos conglomerados humanos, el evangelio tiene que ser llevado por las personas de carne y hueso que componen la iglesia de Jesucristo. Los mensajeros somos nosotros, los sucesores de los primeros apóstoles, que hemos recibido, por medio de ellos, la misma Gran Comisión.

“Seréis mis testigos”. El Nuevo Testamento le da a la palabra “testigo” el mismo significado que tenía en el griego clásico y extra-bíblico. Un *martyr* es uno que ha presenciado ciertos hechos, o que hace saber sus convicciones acerca de ciertas verdades.⁵ Puesto que el testimonio cristiano se da en situaciones concretas de pecado y de opresión, ser testigo, ser *martyr*, en el sentido neotestamentario, es estar dispuesto a defender con la propia vida si fuere necesario la buena nueva que se proclama con la boca. Como la “buena nueva” es “mala nueva” para las personas que rechazan el señorío de Jesucristo y pretenden imponer su propio señorío, violentando a su prójimo (cf. Lc. 3.1-20), el testimonio cristiano se concreta también históricamente en el martirio. Pastoral y evangelización van de la mano: “El buen pastor da su vida por las ovejas”.

II. Efesios 4.11-13. La evangelización y los ministerios:

Él mismo “dio” a unos el ser apóstoles; a otros; profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo. (BJ)

En primer lugar, debemos insistir, en nuestra convicción de que dichos ministerios no se limitan apenas a la labor de determinados individuos. El estudioso de la historia de la iglesia podrá observar la acción de uno u otro de los ministerios – apostólico, profético, evangelizador y pastoral-didáctico – en comunidades cristianas de diversos tipos.

Por otro lado, los ministerios que San Pablo enumera en este pasaje parecen reflejar una de las primeras estructuras “organizacionales” de la iglesia. Aunque no es posible dogmatizar sobre el asunto, tal vez la expresión de Pablo “edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas” (Ef. 2.20) se refiera a algo más que a la fundamentación de la iglesia sobre los dos testamentos. En la organización más primitiva de la iglesia, los apóstoles (la institución) y los profetas (la crítica a la institución) se mantuvieron en tensión dinámica y creativa. Sin esta tensión, y sin el pleno ejercicio de todos los ministerios, la iglesia dejaría de evangelizar. Por esta razón, es importante entender el significado y los alcances de los ministerios que Pablo nos sugiere como punto de partida para la praxis de la iglesia.

1. *Apóstol: enviado de Dios*

La palabra “apóstol” y la función que representa tienen una historia interesante. Básicamente, el vocablo se refiere al portador de un mensaje importante y a la autoridad que ostenta su portador. Esta autoridad no es suya, sino de quien o de quienes le envían. El término no es de origen religioso. Aun en el Antiguo Testamento griego (la Septuaginta), se usa la palabra con ese sentido, y pone el énfasis sobre *el echo de enviar* y sobre *quién envía*, y no sobre el mensajero en sí. El apóstol es portador de mensajes reales, diplomáticos y de guerra. Los reyes persas enviaban apóstoles (como individuos, nunca en grupo) en calidad de embajadores plenipotenciarios a las diferentes partes de

su vasto imperio. Pero eran apóstoles únicamente durante el período de su embajada y únicamente fuera de la sede de autoridad última, la capital del imperio. Una vez que regresaban a su lugar de origen, dejaban de ser apóstoles.

Los judíos de la Dispersión adaptaron esta función a sus propios usos para mantener la relación entre todos los grupos de exiliados. Cuando regresaron a Jerusalén, el Sanedrín se valió de apóstoles para enviar y recibir mensajes importantes de las sinagogas de la Dispersión. Es en este sentido (original) como Bernabé y Pablo son denominados “apóstoles” cuando son enviados por la iglesia jerosolimitana a la iglesia de Antioquia (Hech. 14.14), así como lo son Tito y Epafrodito, los enviados de Pablo (Flp. 2.25; II Cor. 8.23).

Los judíos se valían de apóstoles, también, con fines proselitistas. A esto se refería nuestro Señor cuando exclamó en tono de reproche, “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que recorráis mar y cielo para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble más que vosotros!” (Mat. 23.15). Jesús no condenó el proselitismo como tal, sino el sistema decadente al que eran introducidos los prosélitos judíos. O, dicho esto mismo de otra manera, enseñó que la evangelización, que era una labor de los primeros apóstoles de la iglesia, tiene como fin librar a la persona humana de la esclavitud de los sistemas de este mundo para introducirlo en el sometimiento al señorío liberador de Jesucristo. Lo único que hace el proselitismo es trasladar a la persona de una esclavitud a otra.

Cuando Jesús llama a sus doce apóstoles, se está apropiando de una función por años conocida en el mundo judío y pagano de su tiempo. Pero él le da un sentido muy particular a este ministerio y cambia también su uso.

- (a) El apostolado de los doce es único e irrepetible;
- (b) es vitalicio e heredable;
- (c) se ejerce en todas partes, incluyendo la sede de la iglesia (Jerusalén); y
- (d) el apostolado es un cuerpo colegiado y no individual.

Los doce apóstoles fueron personas que anduvieron con Jesús desde el principio (cf. Hech. 1.21-26), y fueron comisionados por él para una tarea específica (cf. Jn. 20.21). En el caso del sustituto de Judas Iscariote, los once apóstoles aplicaron el primer criterio; pero el Cristo resucitado se valió del segundo (cf. Hech. 26.17).⁶

El apostolado primitivo se caracterizó por su reflexión teológica sobre la marcha que se manifiesta en hechos concretos (Hech. 2.42,43). El sustrato teológico de la reflexión apostólica fueron los hechos y las enseñanzas de Jesús, validados por la resurrección y dinamizados por el Espíritu. En una segunda etapa, el apostolado se hace misionero, cruza fronteras geográficas y culturales. En una tercera etapa, que no nos concierne en este momento, los apóstoles son asesorados por ancianos (*presbiterio* o *episkopoi*).

Pablo define su apostolado como un abrir brecha y establecer fundamento (cf. Rm. 15.20 y I Cor. 3.10). Si existe un ministerio específicamente apostólico hoy, me parece que consiste también de estos elementos. Las barreras que el apóstol cruza hoy en el cumplimiento de la misión de Cristo no son solo geográficas. Son sociales, ideológicas y teológicas. La evangelización apostólica es la que lleva a la iglesia como comunidad, o a individuos comisionados por la comunidad eclesial, a enfrentar riesgos con el fin de

proclamar el Reino en áreas donde la iglesia no se había atrevido a penetrar. Este tipo de apostolado lo han ejercido no solo los grandes misioneros (San Pablo, San Columba, San Francisco Javier, David Livingston o William Carey) sino también aquellos que se han atrevido, como Fray Bartolomé de las Casas o Antonio de Montecinos, Martin Luther King o Dom Hélder Câmara, a cruzar barreras ideológicas para comunicar el amor de Dios a “los pequeños hermanos” de Jesucristo.

Algunas de estas personas también han sido profetas. Analicemos el ministerio profético en la Biblia y en la historia.

2. Profeta: vocero de Dios

La palabra “profeta” está compuesta de la raíz griega *phç* (hablar, decir) y del prefijo *pro* (delante de) que equivale a los prefijos *pro* (en presencia de o a favor de) y *pre* (antes de o anticipadamente) en español. Por tanto, el acto de profetizar tiene dos significados: proclamar (pre-dicar) y pre-decir. Aunque para nosotros a menudo “profetizar” denota la segunda acepción, en realidad, la función bíblica del profeta estaba más orientada hacia la primera. Estas dos funciones estaban diferenciadas en la mente hebraica por medio de los dos vocablos *nábi* (quien proclama) y *rôeh* (vidente; cf. I Sam. 9.9).

El profeta del Antiguo Testamento tenía un mensaje que se podría resumir en las siguientes palabras: *condenación* o denuncia (cf. Is. 1.10-20), *consolación* (Is. 40.1,2), *renovación* (Is. 43.18,19) y *redención* (Is. 53,1-6). Este mensaje se proclamaba dentro de un contexto de *recuerdo* de lo que Dios había hecho por su pueblo (Is. 43.1-17; 46.9,10), de la relación especial de Dios con su pueblo (Jer. 3.31-34) y de un llamado a una *respuesta* del pueblo de Dios al mensaje profético (Is. 1.16-20; 55.1-3). El mensaje profético en el Antiguo Testamento hace uso frecuente de las palabras *juicio* y *justicia*. Pero el sentido en que se usan estas palabras es dinámico: “hacer justicia” (cf. Is. 1.16,12,23 y Miq. 6.8). En el corazón del mensaje profético está el anuncio de un reino de justicia – el Reino de Dios – en el que las viudas, los huérfanos, los pobres y los extranjeros son objetos especiales del amor y del cuidado de Dios.

Juan el Bautista continúa en la tradición profética veterotestamentaria (cf. Lc. 3.1-20 y 7.24—30), y asimismo Jesús de Nazaret’ (cf. Lc. 4.16-21 y Jn. 2.13-17). Por esta razón, no podemos decir que el ministerio profético del Pacto Antiguo dejó de existir en el Nuevo Pacto. Es cierto que el profetismo en Hechos y en las epístolas de Pablo enfatiza las dimensiones de consolación y de renovación, junto con la predicación (cf. Hech. 18.28 y 21.10) y que el elemento de denuncia parece estar ausente. ¿No se deberá esto, sin embargo, al hecho de que esto es precisamente el ministerio que un profeta debe ejercer en una comunidad “carismática” (i.e. poco estructurada) que apenas comienza a dar sus primeros pasos? Por cierto, el ministerio profético en la Iglesia primitiva parece haber sido una adaptación de la usanza pagana. En la cultura griega, los profetas eran personas cuya función era declarar (a veces en estado de éxtasis) un mensaje que no provenía de ellos mismos. La revelación divina era comunicada a la iglesia por medio de símbolos que el profeta debía interpretar. Las profecías en el Nuevo Testamento son discursos inspirados por predicadores carismáticos a través de los cuales se anuncia, para el mundo y para la iglesia, el plan divino de redención así como la voluntad divina para personas individuales y en relación con acontecimientos históricos específicos.⁷

Cuando la vitalidad prístina de la iglesia comienza a enfriarse, cuando empieza la iglesia a institucionalizarse, a volverse hacia adentro, a hacerse rica y poderosa,

comienza entonces a florecer el ministerio profético de denuncia. Durante los siglos III a V encontramos a profetas como San Ambrosio y San Crisóstomo que denuncian abierta y francamente los abusos y las opresiones de los ricos y se enfrentan aun al poderío del imperio romano.⁸

Naturalmente, siempre hubo un problema con los falsos profetas. En el Antiguo Testamento, se demandaba validación únicamente del profeta que anunciaba salvación, no del que anunciaba juicio. La validación era que lo profetizado debía acontecer (cf. Jer. 28.8,9 y Deut. 18.17-22). En el Nuevo Testamento, los falsos profetas lo eran, primero porque se autodeterminaban profetas sin el respaldo divino y a veces porque anunciaban mentiras (cf. 1 Jn. 4.1,2 y 2 Ped. 2.1).⁹ El don del discernimiento fue dado a la iglesia para desenmascarar a los falsos profetas. Cuando poco a poco fue desapareciendo este don, la iglesia de los siglos II y III tuvo que establecer reglas que le ayudasen a definir la conducta del profeta verdadero.¹⁰

3. *Evangelizador: comunicador del mensaje*

La palabra *evangelistḗs* (evangelista o evangelizador) solo aparece explícitamente dos veces en el Nuevo Testamento (además del texto de Ef. 4.11), con referencia a Felipe (Hech. 21.8; cf. 8.4ss,12,35 y 40), y a Timoteo (2 Tim. 4.5; cf. 1 Tes. 3.2 y Flp. 2.19). Es interesante que en el pasaje paralelo a Ef. 4.11 (1 Cor. 12.28), Pablo omite *evangelistḗs*. La idea de “evangelizador” está implícita, también, en las referencias de Pablo a Clemente (Flp. 4.3), Tito (II Cor. 6.8—16) y Epafras (Col. 1.6,7; cf. 4.12).

El término *evangelistḗs* se usaba en la cultura griega para referirse a ciertos oráculos paganos que eran portadores de buenas noticias. También se usaba para los mensajeros oficiales que regresaban del campo de batalla portando las buenas nuevas de victoria. El vocablo, por supuesto, está relacionado con el verbo *evangelidzo* que aparece unas cincuenta y cinco veces en el Nuevo Testamento, y con la palabra *evangelion* (7 veces). El “evangelio” se entendía, comúnmente, como la recompensa que recibía el portador de una buena nueva, la buena noticia propiamente dicha, y la celebración de una victoria militar. El imperio romano relacionó el término íntimamente con el culto al emperador. El *evangelion* era el anuncio del nacimiento de un heredero al trono, un anuncio de una gran victoria. “Evangelizar” era proclamar el reinado del emperador que se autodefinía como dios y salvador.

La iglesia tomó estas palabras y las adaptó para su uso particular. El *evangelion* es la buena nueva del nacimiento del Cristo y de su victoria sobre la muerte. Evangelizar es anunciar la victoria del Señor sobre sus enemigos. Es la proclamación de su reinado. El evangelizador es el que anuncia estos hechos transcendentales.¹¹ Puesto que esta era la responsabilidad de cada cristiano, la función de evangelizador no parece ser un oficio especial como las de apóstol, profeta y pastor, sino un ministerio más general, aun cuando, como nos lo demuestra Green, existieron evangelistas propiamente dichos durante los primeros dos siglos de la iglesia.¹² De todos modos, y a diferencia de lo que acontece hoy, el ministerio evangelístico primitivo estaba ligado a la iglesia local. Los evangelistas eran los enviados de las iglesias a las regiones circunvecinas con el mensaje de Cristo Jesús. Eran hombres comunes y corrientes, desprovistos de toda la maquinaria y prepotencia de las “asociaciones evangelísticas” que están tan de moda hoy en día.

4. *Pastor: el maestro de la iglesia*

El vocablo *poimḗn* (pastor) se usa dieciocho veces en el Nuevo Testamento. Cuatro veces se refiere a los pastores de Belén, trece veces a Jesucristo, y solo una vez (Ef. 4.11) a un ministerio de la iglesia. Es interesante que Pablo usa “maestro” y no “pastor” ‘en I Cor. 12.28.¹³ Por tanto, para entender lo que significa el ministerio pastoral, tenemos que recurrir a lo que dice el Nuevo Testamento sobre el ministerio pastoral de Jesús. El espacio del presente artículo no nos permite hacer esto. Pero si nuestros lectores dedican algún tiempo a hacerlo, descubrirían cuán distante está el ministerio pastoral de nuestros tiempos del ministerio pastoral de Jesús. Es más, un análisis de la historia de este oficio nos hace ver que la función del pastor (léase obispo y sacerdote) fue asimilando los otros ministerios hasta que sólo *un* líder en cada parroquia o diócesis “tocaba la campana y decía la misa”.

Desafortunadamente, la Reforma, pese a su énfasis teórico en el sacerdocio universal del creyente, no rompió con ese esquema jerárquico. Hoy, mientras que en ciertos niveles de algunas iglesias sacramentales, (p.ej.: la Iglesia Católica y las Iglesias Luteranas) hay una búsqueda sincera de la multiplicidad de dones y de ministerios en el Cuerpo de Cristo. En muchas de nuestras iglesias protestantes (incluso las que se precian de ser “libres”), el pastor y la estructura denominacional están ahogando la espontaneidad del Espíritu. A esto se debe el resurgimiento en nuestros días del ministerio profético, tanto de denuncia como de anuncio, para contrarrestar el institucionalismo extremo que es uno de los mayores impedimentos al cumplimiento de la misión evangelizadora.

¿Cuál es, entonces, la verdadera tarea del pastor? La clave está en la palabra “maestro”. Para entender lo que esto significa, releamos lo que se ha dicho sobre *didaskein* y *didaskalos* en las primeras páginas de este artículo. Allí encontraremos la clave de un ministerio evangelizador y pastoral.

NOTAS

- (1) J. Jeremías, en Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1968), vol. VI, pp. 473-474.
- (2) *Ibid.*, vol. II, pp. 135-163.
- (3) William Barclay, *El nuevo Testamento comentado: Hechos de los Apóstoles* (Buenos Aires: Aurora, 1974), vol. VII, p. 15.
- (4) Kittel, *op.cit.*, vol. II, pp. 301, 310, 516.
- (5) Kittel, *op. cit.*, vol. IX, p. 489.
- (6) Richard R. De Ridder, *Discipling the Nations* (Grand Rapids: Baker Book House, 1971), pp. 120-127.
- (7) Kittel, *op. cit.*, vol. VI, pp. 783-791.

- (8) Justo L. Gonzáles, *La era de los gigantes*, tomo II de *Y hasta lo último de la tierra: Una historia ilustrada del cristianismo* (Miami: Caribe, 1978), pp. 139-154.
- (9) Kittel, *op. cit.*, vol. VI, pp. 860,861.
- (10) *Didaché XI*.
- (11) Kittel, *op. cit.*, vol. II, pp. 707-737
- (12) Michael Green, *La evangelización en la iglesia primitiva, vol III* (Buenos Aires: Certeza, 1979), pp. 11-38.
- (13) Kittel, *op. cit.*, vol. VI, pp. 490-497.